

guapa como lo había sido en sus mejores tiempos.

De pronto Francisco la vió joven y la encontró sumamente hermosa, y el corazón le palpité como si hubiese subido á lo alto de un campanario. Y se fué á acostar en su molino donde tenía su cama muy limpia sobre un tablado en medio de los sacos de harina. Y cuando estuvo allí solo, se puso á temblar y á ahogarse como acometido de fiebre. Acababa de sentirse por primera vez abrasado por una gran llamarada salida del fuego que durante toda su vida había calentado suavemente bajo la ceniza.

XXV

Desde aquel momento el expósito estuvo triste, tan triste que daba pena verlo. Trabajaba como cuatro, pero ya no tenía alegría ni reposo, y Magdalena no podía hacerle decir lo que tenía. Por más que juraba no tener cariño ni pena por Mariquita, Magdalena no quería creerlo, y no encontraba otra razón que explicase su pena. Se afligía de verlo sufrir y de haber perdido su confianza, y se asombraba de encontrar al joven tan obstinado y altivo en su despecho.

Como era enemiga de importunar á nadie, tomó la resolución de no volver á hablarle de tales cosas. Trató aún de atraer á Mariquita, pero fué tan mal recibida por ésta, que desistió de toda otra tentativa. Sentía en el corazón una grande angustia, pero la disimulaba por no aumentar la pena de los demás.

Francisco la servía y asistía con el mismo celo que antes, y como antes le hacía compañía todo el tiempo posible. Pero ya no le hablaba de la misma manera. Siempre estaba turbado al lado de ella. En un instante se le encendía el rostro y luego se ponía blanco como la nieve. Magdalena le creía enfermo, y le tomaba el pulso para ver si tenía fiebre; pero Francisco se retiraba de ella como si al tocarle le hubiese hecho

daño, y á veces le dirigía reproches que ella no comprendía.

Y esta pena aumentaba cada día entre los dos. Mientras tanto, adelantaban los preparativos de la boda de Mariquita con Juan Aubart, que debía celebrarse el día en que terminaba el luto de la novia. Magdalena lo temía, pensando que Francisco se volvería loco, y quería enviarlo por algún tiempo á Aiguranda, á casa de su antiguo amo maese Juan Ver-taud para distraerse. Pero Francisco no quería que Mariquita pudiese creer lo que Magdalena se obstinaba en pensar. No mostraba enojo ni pena en su presencia. Hablaba amistosamente con su prometido, y cuando encontraba á Severa por los caminos, bromeaba con ella para demostrarle que no la temía. El día del casamiento, quiso asistir; y como de veras estaba contento de que la mocita saliese de casa y librase á Magdalena de su mala amistad, á nadie se le ocurrió pensar que hubiese estado nunca enamorado de ella. Magdalena empezó á creer la verdad sobre esto, ó á pensar al menos que el expósito se había consolado. Recibió la despedida de la novia con su acostumbrada afabilidad; pero como la chica había conservado un pique contra su cuñada á causa de Francisco, separóse de ella sin pena ni bondad. La buena Magdalena lloró por la maldad de la ingrátilla y rogó á Dios por ella.

Al cabo de ocho días, Francisco le dijo de pronto que tenía asuntos que arreglar en Aiguranda, y que

iba á pasar allí cinco ó seis días, lo cual no le sorprendió y hasta alegróse de ello, pensando que aquel cambio le sería saludable, pues le creía enfermo por haber ahogado en demasía su pena.

Por lo que toca á Francisco, esa pena que parecía haber dominado, aumentaba de día en día en su corazón. No podía pensar en otra cosa, y tanto si dormía como si estaba despierto, lo mismo lejos que cerca de Magdalena, tenía á ésta constantemente ante los ojos y en la sangre. Cierto es que había pasado toda su vida amándola y pensando en ella. Pero hasta hacía poco, aquel pensamiento había sido su placer y su consuelo, mientras que de pronto se había convertido ahora en desconcierto y desdicha. Cuando se contentaba con ser su hijo y su amigo, no ambicionaba nada mejor en la tierra. Desde que el amor había cambiado sus ideas, sufría horriblemente. Se imaginaba que ella jamás podría cambiar como él. Se reprochaba el ser demasiado joven, el haber sido conocido demasiado infeliz y demasiado niño, el haber causado demasiadas fatigas y disgustos á aquella pobre mujer, el no ser para ella objeto de orgullo, sino de desasosiego y compasión. En fin, era, en su concepto, tan hermosa y amable, tan superior á él, que cuando ella decía que era vieja y fea, él pensaba que lo hacía para que no la pretendiese.

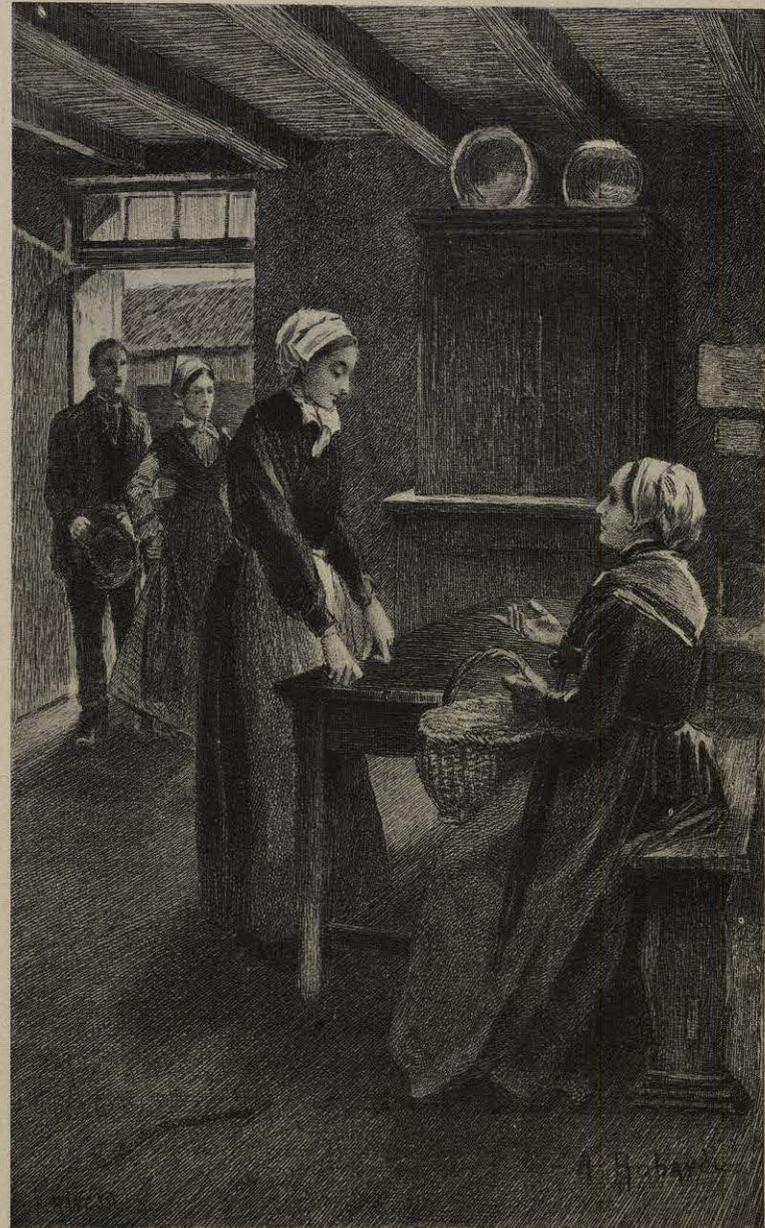
Mientras tanto, Severa y Mariquita, con su pandilla, empezaban á quitarle el pellejo á causa de él, y él tenía mucho miedo de que el escándalo llegase á sus

oidos y, aburrida, desease verle partir. Pensaba que era demasiado buena para pedirle tal cosa, pero que volvería á sufrir por su culpa como ya había sufrido años atrás, y resolvió ir á pedir consejo sobre todo aquello al cura de Aiguranda, que él tenía por un hombre justo y temeroso de Dios.

Fué, pero no le encontró. Se había ausentado para ir á ver á su obispo, y Francisco se fué á pernoctar en el molino de Juan Vertaud, aceptando la hospitalidad de sus antiguos amos, que le invitaron á pasar dos ó tres días con ellos, mientras regresaba el cura.

Encontró á Vertaud tan amable y buen amigo como lo había dejado, y encontró también á su juiciosa y simpática hija preparándose á casarse con un buen sujeto, más bien por conveniencia que por amor, pero con más estimación que repugnancia por su futuro. Esto hizo que Francisco pudiese hablarle más abiertamente que nunca, y como al día siguiente era domingo, le dió una prueba de confianza refiriéndole todo lo que había hecho para salvar á la señora Blanchet.

De una cosa á otra, Juanita, que era bastante perspicaz, adivinó que aquella amistad sacudía al expósito con más fuerza de lo que él decía. De pronto, le cogió el brazo y le dijo: Francisco, no me oculte nada. Ahora soy razonable, y, como usted ve, no me avergüenzo de decir que he pensado en usted más de lo que usted ha pensado en mí. Usted lo sabía y no correspondió. Pero usted no quiso engañarme, y el in-



MIENTRAS MARIQUITA DISCUTÍA CON MAGDALENA...

terés no le hizo hacer lo que otros muchos hubiesen hecho en su lugar. Por esa conducta, y por la fidelidad que ha guardado á una mujer que amaba por cima de todo, le aprecio á usted, y, en vez de negar lo que he sentido por usted, me alegro de recordarlo. Creo que me tendrá tanto mayor estimación cuanto mayor es la franqueza con que le hablo, y que me hará la justicia de reconocer que no tuve ni despecho ni rencor por su prudencia. Quiero darle de ello una prueba más grande. Usted ama á Magdalena Blanchet, no como á una madre, sino como á una mujer joven y simpática, con la cual quisiera casarse.

— ¡Oh!, dijo Francisco, poniéndose colorado como una muchacha; la amo como á mi madre, y tengo el corazón lleno de respeto por ella.

— No lo dudo, replicó Juanita; pero la ama usted de dos maneras, pues su cara me indica la una, y sus palabras me indican la otra. Pues bien, Francisco, usted no se atreve á decirle lo que tampoco se atreve á confesarme á mí, y no sabe si ella puede corresponder á sus dos maneras de amarla.

Juanita Vertaud hablaba con tanta afabilidad, con tanta razón, y mostraba con Francisco una amistad tan franca y verdadera, que él no tuvo valor para mentir, y estrechándole la mano, le dijo que la consideraba como una hermana y que era la única persona del mundo á quien osaba revelar su secreto.

Juanita le hizo entonces varias preguntas, á las cuales contestó él en toda verdad.

— Amigo Francisco, le dijo ella, vamos al caso. No puedo saber lo que pensará Magdalena Blanchet; pero veo que pasaría usted diez años á su lado sin atreverse á declararle su pena. Pues bien, yo lo sabré por usted y se lo diré. Mañana partiremos, mi padre, usted y yo, é iremos como para conocer y hacer una visita de amistad á la excelente persona que educó á nuestro amigo Francisco; usted llevará á mi padre de paseo por la finca, como para pedirle consejo, y mientras tanto yo hablaré con Magdalena. Iré con tiento, y no diré la idea de usted hasta saber la suya.

Francisco se puso casi de rodillas ante Juanita para darle las gracias por su bondad, y se convino la cosa con Juan Vertaud, á quien su hija puso al corriente de todo con la venia del expósito. Partieron al día siguiente, Juanita en ancas detrás de su padre, y Francisco les tomó una hora de delantera para prevenir á Magdalena de la visita que iba á recibir.

Francisco llegó al Cormouer á puesta de sol. Recibió en el camino toda la lluvia de un aguacero; pero no se quejó, pues confiaba en la amistad de Juanita, y se sentía el corazón más aliviado que antes de su partida. El nublado descargaba sus últimas gotas sobre los matorrales, y los mirlos cantaban como locos por una sonrisa que el sol les enviaba antes de ocultarse detrás del Gran Corlay. Los pajaritos, á bandadas, revoloteaban delante de Francisco de rama en rama, y sus piadas le regocijaban el espíritu. Se acordaba del tiempo en que era muy niño é iba pensando

y jugueteando por las praderas, y silbando para atraer á los pájaros. Y vió un hermoso pinzón real, que bullía en torno de su cabeza como para anunciarle buena suerte y buena nueva. Y esto le recordó una antiquísima canción *berrina* (1) sobre un nido de pinzones, que le cantaba su madre Sabel para dormirlo.

Magdalena no esperaba verle regresar tan pronto. Hasta había temido que no volviese, y, al verle, no pudo retenerse de ir á su encuentro y abrazarlo, lo cual sonrojó tanto al expósito que ella quedó sorprendida. Él le anunció la visita de sus antiguos amos, y para que no concibiese la menor sospecha, porque hubiérase dicho que tenía tanto miedo de hacerse adivinar como pena de no serlo, le dió á entender que Juan Vertaud intentaba comprar tierras en el país.

Entonces Magdalena empezó á hacer preparativos para agasajar á los amigos de Francisco.

Juanita entró la primera en la casa, mientras su padre metía su caballo en la cuadra; y tan pronto como vió á Magdalena, sintió por ella una amistosa simpatía, que fué recíproca; y, empezando por un apretón de mano, no tardaron en besarse como por amor á Francisco, y en hablarse con toda franqueza, como si se conociesen desde hacía mucho tiempo. La verdad es que eran dos mujeres excelentes, y ambas valían mucho. Juanita no ocultaba un resto de pena al ver á la joven viuda tan amada del hombre á quien ella aun

(1) Berrino, del Berry.—*N. del T.*

quería quizás un poco; pero no tenía celos, y quería consolarse con la buena acción que realizaba. Por su parte, Magdalena, viendo á aquella muchacha de tan buena figura, imaginó que Francisco había experimentado amor y pena por ella, que se la concedían al fin y que ella misma venía á notificárselo; y no tuvo celos, pues nunca había pensado en Francisco más que como en un hijo.

Pero aquella misma noche, después de cenar, mientras maese Vertaud, algo cansado del camino, iba á acostarse, Juanita cogió aparte á Magdalena, en el patio, después de prevenir á Francisco que permaneciese á cierta distancia con Juanito, á fin de acercarse á ellas cuando viese que la Vertaud dejaba caer el delantal que llevaba recogido á un lado; y al punto Juanita desempeñó su cometido en conciencia, y con tanto acierto, que Magdalena no tuvo tiempo de prorrumpir en exclamaciones. Su asombro aumentó á medida que la cosa se explicaba. Desde luego creyó ver en ello una prueba del buen corazón de Francisco, que quería impedir que la maledicencia la tomase por blanco de sus murmuraciones, y poderle ser útil toda la vida. Quiso rehusar, pensando que era demasiada religión para un hombre tan joven el querer casarse con una mujer de más edad que él; que se arrepentiría más tarde y no podría guardarle mucho tiempo su fidelidad sin disgusto y pesadumbre. Pero Juanita le hizo comprender que el expósito estaba tan enamorado de ella que perdía el reposo y la salud.

Cosa que Magdalena no podía imaginarse, pues había vivido con tanta cordura y recato, sin acicalarse nunca, sin salir nunca de casa ni escuchar cumplido alguno, que ya no tenía idea de lo que podía parecer á los ojos de un hombre.

— En fin, le dijo Juanita, puesto que usted le gusta tanto y que va á morir de pena si usted le rehusa, ¿quiere usted obstinarse en no ver ni creer lo que le dicen? Si lo hace, es que ese pobre muchacho no le gusta y no quiere hacerle feliz.

— No diga usted eso, Juanita, contestó Magdalena; le quiero casi tanto, ó tanto como á mi hijo, y si yo hubiese adivinado que él podía amarme de otra manera, os aseguro que yo no hubiera vivido tan tranquila en mi amistad. Pero yo no me imaginaba nada de eso, y aun me siento tan trastornada por lo que acaba de revelarme, que no sé cómo contestar. Por favor, déjeme el tiempo de pensarlo y de hablar con él, para que yo pueda ver si no es un desvarío, una quimera, ó un despecho de otra cosa que le impulsa, ó un deber que quiere cumplir conmigo; porque esto es lo que temo sobre todo, y encuentro que ya me ha recompensado bastante por el cuidado que tuve de él, y que sacrificarme por añadidura su libertad y su persona, sería demasiado.

Al oír esto, Juanita dejó caer su delantal, y Francisco, que permanecía á corta distancia y no la perdía de vista, se acercó á ellas. La Vertaud rogó hábilmente á Juanita que le enseñase la fuente, y ambos

se fueron, dejando á Magdalena y Francisco juntos.

Pero Magdalena, que se había imaginado poder interrogar tranquilamente al expósito, encontróse de pronto sobrecogida y avergonzada como una niña de quince años; porque no es la edad, sino la inocencia del espíritu y de la conducta lo que produce ese rubor, tan grato de ver; y Francisco, al ver que su querida madre se sonrojaba como él y temblaba como él, adivinó que para él era preferible á su aire tranquilo de todos los días. Le cogió la mano, y no pudo decirle nada. Pero como, toda temblorosa, ella quería ir hacia donde estaban Juanito y su tocaya, la retuvo como por fuerza y la hizo volver con él. Y Magdalena, sintiendo que la voluntad del joven le hacía osado á resistir á la suya, comprendió mejor que por palabras que ya no era su hijo el expósito, sino su enamorado Francisco el que se paseaba con ella.

Y después de haber andado algún tiempo sin hablarse, pero cogidos del brazo, Francisco le dijo:

— Vamos á la fuente, quizá encuentre allí mi lengua.

Y en la fuente no encontraron ya á Juanita ni á Juanito que se habían vuelto á casa. Pero Francisco recobró el valor de hablar, recordando que allí era donde había visto á Magdalena por primera vez, y allí también donde se había despedido de ella once años después. Es de creer que habló muy bien y que Magdalena no encontró nada que objetar, puesto que lloraba de alegría, y él le daba de rodillas las gracias por aceptarlo por esposo.



... EL EXPÓSITO SE CASÓ CON MAGDALENA EN LA PARROQUIA DE MERS...

— Aquí acaba la historia, dijo el agramador, pues la boda sería larga de contar; yo asistí, y el mismo día que el expósito se casó con Magdalena en la parroquia de Mers, Juanita se casaba también en la parroquia de Aiguranda. Y Juan Vertaud quiso que Francisco, su mujer, Juanito, que estaba contento como una pascua, y todos sus amigos, parientes y conocidos, fuesen á celebrar en su casa la tornaboda, que fué tan hermosa, decente y divertida como jamás he vuelto á ver ninguna.

— ¿Entonces la historia es verdadera en todos sus puntos?, preguntó Silvina Courtioux.

— Si no lo es, lo podría ser, contestó el agramador, y si usted no lo cree, vaya á verlo.

